

con acento

No llores por mí Argentina

P. de P.

Con una parsimonia que supera toda suerte de teoría psicoanalítica, los argentinos han conseguido lo que seguramente no se propusieron jamás: en palabras de su último presidente, Eduardo Alberto Duhalde, estar quebrados, estar hundidos. Las caceroladas seguramente no consigan algo positivo, pero sugieren que, ante la quiebra y la función, solamente le resta al pueblo golpear lo primero que tienen a mano. Aunque se esté golpeando a sí mismo.

¿Dónde poner el *acento* ante tan asombrosa tragedia ya anunciada desde el crack del peronismo y del golpe militar posterior? En sitio alguno. En Argentina no cabe acentuar nada de nada. Solamente cabría convencer a sus dirigentes de que no saben y a su pueblo de que trabaje, pero ambas cosas, por evidentes que resulten, nadie sabe si serán factibles. Por duro que resulte escribirlo.

Y mientras, tantas amistades desesperadas que nos llaman por teléfono y nos preguntan: ¿por qué cantábamos solamente tangos? Después, un larguísimo silencio. El silencio del pobre, del desaparecido, del exiliado. El silencio de los militares y el silencio de Menem. Hay que ver.

P.S. Tras escribir lo anterior, se me ocurre que los argentinos necesitan, sobre todo, mucha humildad sociopolítica para pedir consejo, mucho coraje ciudadano para afrontar el reajuste sin que los prepotentes se escapen del sacrificio, y en fin, mucho realismo para aunar fuerzas más allá de posibles partidismos. Digo que se me ocurre tras firmar el texto. Pero vaya usted a saber si la parálisis psicológica que les domina y que protende a la violencia, no acabará por provocar medidas absolutamente indeseables. Todo está por ver. Todo. Sin olvidar la reacción de tantos exiliados en España, tal vez necesarios en su país dadas las circunstancias. ■